

# La guerra civil española en México

Mario Ojeda Revah

AL ESTALLAR LA SUBLEVACIÓN MILITAR en España a mediados de julio de 1939, México se hallaba sumergido en su propio proceso de cambio radical. Con el paso de los días, las semanas y los meses, el conflicto español suscitó una atracción irresistible en la opinión pública mexicana, que comenzó a ver en esos acontecimientos un presagio potencial de un desenlace parecido para México.

Un país que había vivido por lo general a espaldas del mundo, o temeroso al menos del exterior, súbitamente comenzó a interesarse por lo que sucedía allende el mar con un interés y una curiosidad inusitados. Más allá de la atención que despertaron en México los acontecimientos españoles, estos terminaron por dividir a la sociedad mexicana en dos bandos irreconciliables que apoyaban una u otra causa, amenazando con polarizar la vida política nacional.

La guerra civil española fue una suerte de espejo, en el que México, al igual que el resto de la América Latina se vio reflejado. Se daba por descontado que cualquier corriente política o ideológica que lograra imponerse en la guerra española habría de propagarse sobre las antiguas colonias. Esa idea no era privativa de los grupos conservadores. Las fuerzas progresistas en América Latina partían de una premisa parecida. La abdicación del rey y la consecuente proclamación de la República española en 1931 fueron vistas por los liberales latinoamericanos como un triunfo propio. En México en concreto, los políticos revolucionarios sintieron una especial afinidad por la República con la que creían compartir muchas preocupaciones, destacadamente secularización, reforma agraria, y justicia social.

Tras el tumulto revolucionario de 1910 a 1920 muchos conservadores mexicanos comenzaron a ver con añoranza la “paz social” prevaleciente en la era colonial o en las décadas posteriores a la independencia, cuando la separación entre

Estado e Iglesia aún no había tenido lugar, y cuando las antiguas jerarquías sociales todavía eran respetadas. Tales evocaciones a menudo alentaron una exaltación de valores supuestamente españoles, tendencia generalmente conocida como hispanismo.<sup>1</sup>

Cuando la guerra estalló en España, estos hispanistas mexicanos vieron en la sublevación franquista una especie de vindicación de las afrentas y humillaciones de las que habían sido objeto por la Revolución mexicana. A tal grado, que para 1936 –como afirma Friedrich Schuler– la línea del frente de batalla entre los conservadores y liberales mexicanos parecía haberse trasladado a los frentes de guerra españoles.<sup>2</sup>

La guerra civil española tuvo un impacto inmediato entre las clases urbanas de México. En la Ciudad de México, los viandantes detenían su marcha presurosa para observar los aparadores de los grandes almacenes, como El Palacio de Hierro, El Centro Mercantil, o el Puerto de Liverpool, donde se desplegaban mapas de gran formato en los que se señalaba día a día los avances de franquistas o de los republicanos con banderas alusivas.<sup>3</sup> En las calles, los taxistas engalanaban sus unidades con banderas mexicanas y españolas, ya bien monárquicas, o bien republicanas, dando lugar a menudo a trifulcas que poco, o nada, tenían que ver con el tráfico.<sup>4</sup>

En los grandes cines de la época, tales como el Alameda, el Palacio o el Olimpia, en el momento en el que los noticieros cinematográficos, como el Paramount News o el Movietone Newsreel, que se proyectaban antes de las películas estelares, mostraban escenas del frente español, el estruendo de rechiflas y abucheos que se intercambiaba entre plateas revelaba el grado de pasión de los seguidores de uno y otro bando.<sup>5</sup>

Cuando estallo la rebelión en España, el presidente Cárdenas se encontraba de gira por el norte del país y una huelga de trabajadores electricistas tenía a oscuras a la ciudad de México. A su regreso a la capital, Cárdenas no hizo ninguna declaración sobre la asonada, ni fijó postura oficial al respecto. La primera reacción oficial vino de parte del Partido Nacional Revolucionario que en un comunicado declaró su “solidaridad absoluta con el gobierno “socialista” de España ante la “deslealtad” de los militares.<sup>6</sup>

Aparte del PNR las primeras organizaciones en reaccionar ante los acontecimientos españoles serían el Partido Comunista mexicano y la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que convocó a una manifestación de apoyo a la República y envió un mensaje de adhesión a la Unión General de Trabajadores.<sup>7</sup> En un mitin organizado en el Teatro Principal hablaron ante el contingente de la CTM, Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la organización, el embajador de España, Félix Gordón Ordás, Anselmo Carretero en nombre del PSOE, Antonio Gil de la CNT en México, Ramón García Urrutia del PCE, Luis Calvo Ramírez del Frente Popular mexicano y Adrián García Andrew en representación de los trabajadores españoles afiliados a la CTM.

La solidaridad obrera con la República fue inmediata. Los sindicatos hicieron donaciones con cargo a sus salarios al embajador español.<sup>8</sup> Esa misma semana se habló por primera vez de la posibilidad de establecer un Frente Popular mexicano, y de armar a los trabajadores ante la amenaza del fascismo, declaración que desató de inmediato las protestas de las organizaciones derechistas más conspicuas.<sup>9</sup>

Ante la radicalización progresiva del gobierno cardenista y de la clase obrera organizada comenzaron a proliferar una serie de organizaciones, de escasa importancia numérica -membretes- pero muy vocales y activos, de la extrema derecha. Eran también, a diferencia de la oposición católica a la Revolución mexicana, una derecha secular<sup>10</sup>, más influida por los movimientos totalitarios europeos, en boga plena en la década de los treinta, que por los conservadores tradicionales de México

Así, por ejemplo, en junio de 1936 asomó la llamada Confederación de la Clase Media (CCM), organización de marcada tendencia anticomunista, encabezada por Enrique y Gustavo Sáenz de Sicilia, opuesta a la educación socialista promovida por el régimen, contraria al “exacerbamiento de la lucha de clases” y que buscaba organizar sindicatos de cuello blanco frente a los embates del radicalismo cardenista.<sup>11</sup> Otra agrupación, minoritaria, pero igualmente vociferante, fue la llamada Unión Nacional de Veteranos de la Revolución mexicana (UNVRM), encabezada por altos oficiales del ejército, creada en 1935 con la meta original

de conseguir tierras para sus agremiados, pero que con el transcurrir del tiempo pasó a privilegiar la defensa de la propiedad privada y a combatir al comunismo, como la principal amenaza de la época y por lo mismo frontalmente adversa a la creación de milicias irregulares.<sup>12</sup> Anterior a la creación de estas organizaciones se dio el surgimiento de la Acción Revolucionaria de México (ARM) de Nicolás Rodríguez, organización violentamente anticomunista y antisemita que agrupaba a veteranos del villismo, conocida popularmente como las Camisas Doradas por su paralelismo con las camisas pardas, negras y azules del fascismo europeo.<sup>13</sup> Este periodo vería también la formación del Partido Revolucionario Anticomunista (PRAC) por callistas desplazados del poder y opuestos a los “excesos” del cardenismo.<sup>14</sup> Todos estos grupúsculos, en su feroz oposición al cardenismo, rechazaron frontalmente a la República española.

Pero no sólo en las ciudades y entre la gente “enterada” tuvo repercusión la guerra civil española. En 1937 floreció en el Bajío mexicano, un movimiento mitad, milenarista, mitad ultramontano, autodenominado Sinarquismo, en supuesta antítesis del anarquismo.<sup>15</sup> Más afín a los carlistas en virtud de su origen rural y su vocación milenarista, que a los urbanos falangistas, la UNS alcanzaría varios años más tarde la nada despreciable cifra de 500,000 afiliados. En febrero de 1937 los sinarquistas organizaron un acto de adhesión al general Franco en medio de las conmemoración cívica de la Constitución de 1917, lo que previsiblemente fue tomado como una provocación contra el orden constituido.<sup>16</sup> Los sinarquistas incluso adoptaron la Marcha Real española como himno de lucha, cambiándole la letra:

La Virgen María es nuestra protectora,  
Con tal defensora,  
No hay nada que temer.  
Somos cristianos,  
Somos mexicanos,  
Guerra, guerra contra Lucifer

El conflicto español ofreció a los conservadores mexicanos la oportunidad de atacar a la República española y, por ende, de modo accesorio, desacreditar sin mencionarlo, al gobierno de Lázaro Cárdenas. Muchos intelectuales conservadores eran prominentes en la prensa nacional, cuyas páginas editoriales parecían dominar. De este modo se inició una guerra de tinta, por un lado, entre los diarios conservadores *Excelsior* y *El Universal*, voceros de los empresarios y las clases medias malcontentas con las reformas cardenistas y con el ascenso de la clase obrera, promovida por estas, y *El Nacional*, órgano oficial del gobierno mexicano.

En *Excelsior* colaboraron plumas de la talla de Pedro Serrano, Pedro Gringoire, Jesús Guiza y Acevedo, Alfonso Junco. Muchos de ellos aunaron su rango de académicos de la lengua en el capítulo mexicano correspondientes a México de la RAE con su calidad de connotados huertistas, hecho que prestó cierta credibilidad a los paralelismos que la versión oficial de la época pretendió establecer entre azañismo y maderismo por un lado y huertismo y franquismo por el otro. En las páginas de *El Nacional* destacaron las plumas de Mónico Neck (pseudónimo de Antonio Ancona Albertos), José Mancisidor, Octavio Paz, Luis Cardoza y Aragón y el propio embajador Gordón Ordás, quien publicaba una columna en el diario de modo regular, en defensa de la República.

La antigua comunidad española residente en México era también mayoritariamente partidaria de la rebelión y contraria a la República. Se celebró una misa en el templo de Santo Domingo en memoria de Joaquín Calvo Sotelo, el principal dirigente de la oposición monárquica a la República, asesinado apenas un día antes de la rebelión militar española de 1936. Se organizó una colecta entre la colonia española destinada a que la Cruz Roja española ayudara a todos los españoles sin distinción.

La polarización provocada por la guerra española en México pudo verse al poco tiempo de iniciada ésta, en un acto cultural que degeneró en trifulca. Gordón Ordás se disponía a dictar una conferencia en el Anfiteatro Bolívar en el antiguo Colegio de San Ildefonso sobre “La labor educativa del régimen republicano”, cuando los estudiantes que fueron a escucharlo se dividieron en fascistas y azañistas y el asunto degeneró en zafarrancho. Explotaron bombas de gases lacrimógenos. Los estudiantes de ambos grupos se liaron a puñetazos. El embajador permaneció atónito sin poder pronunciar palabra en medio del griterío: ¡Viva el gobierno de Azaña!, gritaban los unos ¡Muera Azaña!, ¡Vivan los generales Mola y Franco!, chillaban los otros. Interrumpido a intervalos por los gritos de uno y otro bando, el embajador se retiró antes de que los gases hicieran efecto. La policía se abstuvo de intervenir.<sup>17</sup>

Por esos días hubo un atentado contra la residencia de la embajada española en la calle de Londres 7, en la colonia Juárez. El 3 de agosto en la madrugada estalló una bomba rudimentaria en los jardines de la embajada, sin causar mayores daños ni desgracias que lamentar. Entrevistado por la prensa, Gordón minimizó el incidente, pero declaró que el Consulado español en Tampico había sido allanado por desconocidos.<sup>18</sup> Ambos hechos nunca fueron aclarados.

Por esos días el público mexicano conoció la noticia de que el guardacostas *Durango*, construido en los astilleros de Valencia como parte de un convenio firmado entre

México y España en febrero de 1933 iba a traer a México a los mexicanos que se habían quedado varados en medio de la contienda española.<sup>19</sup>

No fue sino hasta el 1 de septiembre que el gobierno mexicano fijó su postura ante el conflicto. En su segundo informe de gobierno el Presidente Cárdenas anunció:

El gobierno de España solicitó de nuestro gobierno por conducto del Excmo. Sr. Embajador Félix Gordón Ordás, la venta de pertrechos de guerra, solicitud que fue atendida poniendo desde luego a su disposición en el puerto de Veracruz, 20,000 fusiles de 7 milímetros y 20 millones de cartuchos de fabricación nacional.<sup>20</sup>

Tras el anuncio, el congreso mexicano en pleno ovacionó a un Gordón Ordás exultante en el palco de honor.<sup>21</sup> Fue así que el mundo se enteró de que México, una nación débil y periférica, se involucraba en un conflicto ultramarino que pocas ganancias podía reportarle.

El régimen revolucionario mexicano había mantenido relaciones notables con la República española, desde su establecimiento en abril de 1931 hasta el fin del llamado “bienio rojo” en noviembre de 1933. Aunque las relaciones entre ambos gobiernos se enfriaron durante el “bienio negro” (noviembre de 1933-febrero de 1936), el triunfo del Frente Popular en febrero renovó los lazos, ahora reforzados por la coincidencia con Lázaro Cárdenas, un viejo amigo de la República, en la presidencia mexicana.

Esas afinidades iban ahora más allá de las palabras y se transmutaban en hechos tangibles y rotundos: México daba armas a la España republicana en un momento en el que la mayor parte de los países, si no es que todos, se las negaban. Los envíos de armamento proseguirían a lo largo de la guerra.

El 9 de septiembre, *El Nacional* anunció en un escueto comunicado en su tercera sección la muerte de Federico García Lorca en Granada a manos de los “fascistas”, ocurrida veintitrés días antes.<sup>22</sup> Luis Cardoza y Aragón escribió para ese mismo diario un responso laico al poeta granadino. Ese mismo día anunciaba el órgano oficial mexicano un mitin convocado por una sección mexicana del Frente Popular español, convocando a una concentración en la Columna de la Independencia para honrar a los héroes mexicanos que pelearon contra los “mismos enemigos” que ahora enfrenta España. La concentración revelaba que al menos una parte de la comunidad española residente en México, por muy minoritaria que fuera, apoyaba a los leales.

En un hecho sin precedentes, el 15 de septiembre de 1936 en la ceremonia anual del grito de independencia, desde el balcón principal de Palacio Nacional, el presidente

Cárdenas sorprendió a propios y extraños al incluir dentro de las consabidas consignas de la arenga un estentóreo ¡*Viva la República española!*, en un hecho cuando menos paradójico, al tratarse de una liturgia históricamente anti-hispánica.<sup>23</sup>

La defensa de Madrid iniciada el 6 de noviembre fue seguida con vivo interés, paso a paso, por el “público atento” en México a través de la prensa y la radio. El general Mola había fanfarroneado al asegurar que el 12 de octubre estaría tomándose un café en el Café Molinero, en la mismísima Puerta del Sol madrileña y había gran expectación por ver si cumplía su amenaza. El periódico oficial, *El Nacional*, fue especialmente pródigo en su cobertura sobre lo que se esperaba fuera- y lo fue durante un tiempo- una gesta contra el fascismo. Cuando hubo miedo razonable a una posible victoria franquista, el periódico gubernamental se abstuvo de dar cuenta de los hechos, celebrando figuradas y fantasmales *ofensivas* republicanas. A la postre, el fracaso de la ofensiva de los nacionales fue celebrada por el periódico gubernamental como una resonante victoria contra el fascismo.<sup>24</sup>

Un nuevo envío de armas hacia España desde México fue cubierto por la prensa mexicana con tal profusión de detalle, que puso sobre aviso a los enemigos de la República. El buque *Mar Cantábrico* había zarpado apresuradamente de Nueva York el 6 de enero de 1937, llegando a Veracruz una semana después, donde se complementaría con armamento y suministros mexicanos.<sup>25</sup> El barco salió para España el 19 de febrero. Transportaba cuantiosas consignaciones secretas de armas y voluntarios para la guerra de España. Avisados los franquistas del envío procedieron a interceptarlo. En México el asunto fue seguido con expectación por parte del público avisado, casi como si se tratara de una novela por entregas decimonónica. Cuando el barco y su cargamento fueron, en efecto, capturados por las fuerzas franquistas, el episodio se vivió en México como una afrenta al orgullo nacional, sobre todo al enterarse el público que 5 ciudadanos mexicanos que viajaban a bordo como voluntarios habían sido apresados, juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas en el puerto de El Ferrol.<sup>26</sup>

En junio de 1937, por iniciativa de Amalia Solórzano, esposa de Lázaro Cárdenas, se tomó la determinación de traer a México a cerca de 500 niños españoles, entre huérfanos de guerra e hijos de combatientes republicanos, para apartarlos de los horrores de la guerra. Los párvulos fueron transportados de a Veracruz. De allí viajaron a la ciudad de México, donde fueron bienvenidos por sus pares escolares mexicanos de la generación de la educación socialista en la Estación ferroviaria de Colonia.<sup>27</sup> Más tarde



*Las circunstancias cambian*, óleo sobre lienzo, 60 x 60 cm, 2009

se les llevó a Morelia, donde fueron alojados en dos casas acondicionadas para instalar el internado y áreas docentes de la Escuela Industrial España-México. Su llegada a México suscitó airadas críticas de la derecha mexicana, atenuadas sin embargo por su potencial para “blanquear” a la población mexicana.

A medida que las fuerzas nacionales iban imponiéndose a sus adversarios republicanos los conservadores mexicanos iban envalentonándose. Un encabezado del periódico ultraderechista *El Hombre Libre* tuvo la temeridad de proclamar: “Cárdenas derrotado en Teruel”.<sup>28</sup> Eran muchos los que esperaban que los acontecimientos españoles se replicaran en México. Con la rebelión del general Saturnino Cedillo en mayo de 1938, no fueron pocos los que quisieron ver en el militar potosino al Franco mexicano. Sus esperanzas se vieron desvanecidas con su fracaso y muerte en enero de 1939.

Cuando por fin llegó la derrota de la República el 1 de abril de 1939, la derecha mexicana recibió con evidente regocijo la noticia. La prensa conservadora dio entonces rienda suelta a toda suerte de invectivas contra la República, cuyo destinatario final parecía ser el propio Cárdenas. Así, *El Universal* en su edición del 2 de abril de 1939 tronó:

Afirmase ahora y por cierto con razón que en Madrid encontró su tumba el comunismo...la elección con todo y esperémoslo será fructífera no sólo para España sino para el mundo.<sup>29</sup>

Otros diarios como *Excélsior* o *Novedades* comenzaron a presionar para que el gobierno mexicano reconociese al gobierno del general Franco.<sup>30</sup> La insolencia de la derecha ultramontana se transformaba en abierta bravata: “El triunfo de Franco en España exhibe al Sr. Cárdenas como porfiado y mal profeta”, rugía el pasquín fascistoide, al poco tiempo de la victoria franquista.<sup>31</sup>

Con todo, la provocación mayor vino de fuera. El 2 de abril de 1939 la sección mexicana de la Falange invitó a la colonia española a “celebrar la victoria” de Franco en el Casino Español. Era, cuando menos, un desafío frontal al gobierno de Cárdenas, mismo que tomó cartas en el asunto, de acuerdo con la legislación, entonces, y ahora, vigente. Al saber del suceso, un grupo de sindicalistas de la CTM se congregó frente al Casino Español y apedreó el local. Otro grupo de sindicalistas hizo lo propio con las instalaciones del Centro Asturiano de México.<sup>32</sup> Enterado Cárdenas del desplante falangista, que tenía todos los visos de un escarnio al gobierno mexicano y a su postura ante el conflicto, instruyó a su secretario de Gobernación, Ignacio García Téllez, a que desconociera cualquier personalidad jurídica a la Falange española y a que se procediera a la expulsión de sus jerarcas, Alejandro Villanueva Plata, Genaro Riestra y José Celorio, mismos que fueron deportados desde Veracruz un mes más tarde.<sup>33</sup>

Desde abril de 1939 comenzaron a llegar en oleadas sucesivas los exiliados españoles a quienes el gobierno de Cárdenas había brindado refugio. Su recibimiento en México no fue todo lo cálido ni lo apoteótico que la historia oficial de México hubiera querido hacernos creer. No todo fueron elogios y celebraciones. Lejos de ello, la prensa reaccionaria dio rienda suelta a su anti-comunismo más rabioso, bramando en titulares tales como: «Oposición rotunda a la inmigración de filibusteros de la Guerra en España,»<sup>34</sup> «Una ola de protestas por la admisión de Azañistas»<sup>35</sup>

Más sorpresiva quizás, y sobre todo a los ojos de los mexicanos, fue la hostilidad indisimulada que la antigua colonia española residente en México dispensó a los recién llegados. Los mexicanos de todas las tendencias y clases presenciaron de este modo al canibalismo inter-hispánico más feroz y descarnado. Con el tiempo, esa antropofagia se tornaría en endogamia. Pero esa es otra historia.

La victoria de los nacionales en España fue decisiva en el desarrollo de la oposición conservadora en México, y en especial del espectacular crecimiento de los sinarquistas.<sup>36</sup> El descontento con las políticas radicales de Cárdenas también animó a la creación del Partido Acción Nacional en 1939. En julio de 1939, el general Juan Andreu Almazán abandonó el ejército e ingresó de lleno en la contienda por la sucesión presidencial. Dos meses después, una convención

del PAN nombraba con escaso entusiasmo a Almazán como su candidato.<sup>37</sup>

Este madrugete obligó a Cárdenas a elegir a su sucesor, y en noviembre de 1939, el PRM anunció, contra todo pronóstico que el ungido para el periodo presidencial 1940-1946 sería el ministro de Guerra, general Manuel Ávila Camacho, y no el secretario de Comunicaciones y Transportes, general Francisco Múgica, tenido hasta entonces como el sucesor natural de Cárdenas. Ávila Camacho representaba la conciliación, el afianzamiento del régimen revolucionario y, en suma el giro de la Revolución hacia la derecha.

En torno a la candidatura de Almazán se formó *ex profeso* una nueva organización, el Partido Revolucionario de Unificación Nacional, que muy pronto se convirtió en la oposición más poderosa e inquietante para el régimen. Ante la proliferación de grupos adversos a Cárdenas y ante el encono que sus políticas provocaron entre las clases medias y altas del país surge la pregunta de cómo fue posible que las cosas no terminarían en México como lo hicieron en España. Las causas de ello fueron diversas. En primer lugar, la imposibilidad para alcanzar un acuerdo entre los principales aspirantes opositoristas, Almazán y Amaro, para coaligar sus fuerzas y sus respectivas influencias al interior del ejército. En segundo, la incapacidad de la derecha radical para granjearse el apoyo de la derecha católica tradicional.

En efecto, el PAN retiró su apoyo a Almazán al poco tiempo de habérselo dado, mientras que la UNS, la auténtica organización de masas de la oposición conservadora en México, llamó a sus seguidores a que se abstuvieran de participar en los comicios. De este modo las discordias entre la derecha secular y la derecha religiosa imposibilitaron la creación de un frente único opositor, que hubiera supuesto un desafío inmenso a la Revolución mexicana; divisiones que acabaron por restarle fuerza a la candidatura de Almazán.

En realidad la candidatura de Ávila Camacho era la única en contar con un aparato electoral digno de ese nombre: el Partido de la Revolución Mexicana. Por otra parte, mientras que Ávila Camacho ofrecía conducir un gobierno moderado en el ámbito económico y social, incluyente en política y tolerante en lo religioso, la mayoría de estos grupos no ocultaban su admiración por Franco y la Falange española. Tales expresiones preocuparon vivamente a los diplomáticos norteamericanos estacionados en México.<sup>38</sup> Dado que ya había estallado la Segunda Guerra Mundial, era imperioso para Estados Unidos contar con un vecino estable y adpto. Así, Washington decidió respaldar a Ávila Camacho, quien prometía un gobierno exento de los radica-

lismos inherentes al cardenismo, antes que desestabilizarlo al apoyar algún lance de la oposición.<sup>39</sup>

El 7 de julio de 1940 tuvieron lugar las elecciones presidenciales en medio de un clima de gran tensión. Cárdenas había prometido unas elecciones libres y limpias. Lejos de ello, estuvieron teñidas de sangre y violencia. De acuerdo con los resultados oficiales Ávila Camacho obtuvo dos millones 637 mil 582 votos, el 93.9 por ciento; Juan Andreu Almazán, 151 mil 101, el 5.7 por ciento, y Sánchez Tapia, nueve mil 840, el 0.37 por ciento. Algo completamente inverosímil. Almazán se proclamó vencedor, salió del país intento vanamente conseguir apoyos en el exterior para su causa y se habló de un levantamiento militar almazanista. Roosevelt brindó un espaldarazo inmejorable al régimen revolucionario al reconocer el triunfo de Ávila Camacho y al enviar a su vicepresidente Henry Wallace a su toma de posesión.

En torno a la elección presidencial de 1940 fue mucho lo que se especuló acerca de que México pudiera acabar como España. Al final el régimen revolucionario pudo consolidarse. La diferencia, quizás, estribó en el hecho de que mientras en España las distintas fuerzas conservadoras lograron unirse en forma disciplinada bajo el mando unificado de Franco y el ejército insurrecto, en México las organizaciones de derecha permanecieron atomizadas y nunca consiguieron representar un desafío importante para el régimen revolucionario mexicano. Otra disparidad, tal vez más decisiva, fue el hecho de que, a diferencia de la República española, que fue aislada por las democracias occidentales a través del Comité de No Intervención de Londres, privándola de su legítimo derecho a comprar armamento en el exterior, el gobierno de Cárdenas recibió el apoyo inequívoco de los Estados Unidos frente a lo que pudo haber sido una rebelión almazanista que jamás llegó a materializarse. •

#### Notas

<sup>1</sup> Ricardo Pérez Monfort, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp.31 y 101; Sebastiaan Faber, *Exile and cultural hegemony: Spanish intellectuals in Mexico, 1939-1975*. Vanderbilt University Press, 2002, pp. 12-13.

<sup>2</sup> Friedrich Schuler, *México between Hitler and Roosevelt: Mexican Foreign Policy in the Age of Lázaro Cárdenas*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999, p. 57.

<sup>3</sup> Néstor Sánchez Hernández, *Un mexicano en la guerra civil española*. Oaxaca, edición de autor, 1996, p.94

<sup>4</sup> Evelyn Waugh, *Robbery under law: The Mexican object-lesson*, London, Chapman & Hall Ltd. [1939]

<sup>5</sup> *The Times*, Londres, 4 de noviembre de 1936

<sup>6</sup> *El Nacional*, 19 de julio de 1936.

<sup>7</sup> *El Nacional*, 25 de julio de 1936.

<sup>8</sup> *Excelsior*, 22 de julio de 1936.

<sup>9</sup> Hugh Campbell, *La derecha radical en México*. México, Sepsetentas, 1976, pp.125-128.

<sup>10</sup> El término es de Hugh Campbell, op.cit.

<sup>11</sup> Héctor Hernández García de León, *Historia política del sinarquismo, 1934-1944*. México, Universidad Iberoamericana, 2004, p. 115

<sup>12</sup> Hugh Campbell, op. cit.

<sup>13</sup> Alicia Gojman, *La acción revolucionaria mexicanista: Los camisas doradas, 1934-1940*, México, FCE, 1998.

<sup>14</sup> Sus principales líderes eran Manuel Pérez Treviño, Melchor Ortega y Joaquín Amaro. Véase, Martha Beatriz Loyo, "El Partido Revolucionario Anticomunista en las elecciones de 1940", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México IIS-UNAM, 2002, pp. 145-178.

<sup>15</sup> Sus creadores fueron Salvador Abascal, Manuel Zermeño y José Antonio Urquiza. Este último, asesinado al año siguiente y que los propios sinarquistas intentaron convertir en el "José Antonio" mexicano.

<sup>16</sup> *El Nacional*, 3 de febrero de 1937.

<sup>17</sup> *Excelsior*, 31 de julio de 1936.

<sup>18</sup> *Excelsior*, 4 de agosto de 1936.

<sup>19</sup> Ese mismo barco, a decir del agregado militar de la embajada norteamericana en la ciudad de México, transportaba furtivamente 8,000 rifles y 8 millones de cartuchos para la República. Ver Mario Ojeda Revah, *México y la guerra civil española*. Madrid, Turner, 2005, p.145.

<sup>20</sup> *El Nacional*, 2 de septiembre de 1936.

<sup>21</sup> Michael Alpert, *A New International History of the Spanish Civil War*. Palgrave Macmillan, 1998, p.108.

<sup>22</sup> *El Nacional*, 9 de septiembre de 1936.

<sup>23</sup> *El Nacional*, 17 de septiembre de 1936.

<sup>24</sup> Véase *El Nacional*, 9 al 26 de noviembre de 1936.

<sup>25</sup> *Excelsior*, 13 de enero de 1937

<sup>26</sup> *Excelsior*, 19 de julio de 1937.

<sup>27</sup> Testimonio oral del padre del autor, nacido en 1927 y testigo de los hechos que se narran.

<sup>28</sup> *El Hombre Libre*, 5 de enero de 1938.

<sup>29</sup> *El Universal*, 2 de abril de 1939.

<sup>30</sup> *Novedades*, 18 de julio de 1939.

<sup>31</sup> *El Hombre Libre*, México, 8 de febrero de 1939.

<sup>32</sup> *Excelsior*, 5 de abril de 1939.

<sup>33</sup> Pérez Monfort, op. cit., p.146.

<sup>34</sup> *El Hombre Libre*, 13 de enero de 1939.

<sup>35</sup> *Novedades*, 13 de enero de 1939.

<sup>36</sup> Jean Meyer, *Le sinarquisme: un fascisme mexicain? 1937-1947*. Paris, Hachette, 1977, pp. 106-147.

<sup>37</sup> Virginia Prewett, *Reportage on Mexico*, Nueva York, E.P. Dutton & Co., 1941, pp.194-203

<sup>38</sup> Josephus Daniels, *Short-Sleeve Diplomat*, Raleigh, University of North Carolina Press, 1947, pp. 350-351.

<sup>39</sup> Luis Medina, *Del Cardenismo al Avilacamachismo*, México, El Colegio de México, 1978 (tomo 18 de *Historia de la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 1979).

MARIO OJEDA REVAH. Actualmente es profesor de ciencia política y relaciones internacionales en la Saint Louis University (Campus Madrid). Correo electrónico: mojedare@slu.edu